

que ha fundado en América, y que así ella como todas esas naciones son esencialmente agrícolas. Tiene, pues, el deber moral, en cumplimiento de su destino y por su propia dicha, de tomar á su cargo la realizacion de este proyecto, tanto por la gloria que le resulta como por la necesidad en que se halla de impedir oportunamente en su suelo males terribles y cercanos que dejando la poblacion en proporcion geométrica, como dice Malthus, y la produccion de la tierra en proporcion aritmética, revestirán carácter social y político, y serán un cáncer de muy difícil curacion.

Procure V. E. además, que no se diga que en la patria de Columela se haya amortecido el antiguo brío para las cosas grandes y benéficas. El inimitable Rey D. Carlos III mandó al Nuevo Mundo una comision botánica formada por sapientísimos españoles, entre los cuales descolló D. Pedro Celestino Mutis, célebre naturalista, que fué una lumbrera en aquellas regiones, y como la historia, severa y al mismo tiempo justa, siempre tiene palabras de gratitud para las acciones nobles y generosas, derrama flores en el sepulcro de D. Carlos IV y su esposa Doña María Luisa cada vez que se ocupa de la expedicion que mandaron á su costa á la misma América para propagar la vacuna.

Tengo la seguridad que siendo V. E. intérprete de este pensamiento, una vez que sea conocido por el Rey D. Alfonso XII, tomará S. M. la iniciativa en una obra digna de su glorioso reinado. Si así sucede no queda duda que hay en Madrid hombres tan profundamente instruidos en ciencias naturales, que en presencia de un congreso de eminentes sabios de ambos continentes harán honor, no á España, sino á toda la humanidad.

Dígnese V. E. recibir las seguridades de la alta consideracion con que me suscribo su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

Madrid 2 de Marzo de 1883.

MI VIRGEN MUERTA

(EN EL CAFÉ)

Entre el humo, y el ruido, y la algazara
que reina en el café,
junto á la turba que murmura y grita
ayer te contemplé.
Parecióme mirar entristecido
al ángel de mi amor,
y empañarse el cristal de tu pureza,
tu virginal candor.
Entonces, ¡ah! sentíme lacerado
por inmenso pesar;
exclamé con dolor: «Mi virgen muerta,»
y comencé á llorar.
Acogojado, trémulo y enfermo
al templo me marché,
y ante el altar donde rezaste un día
de hinojos me postré.

ARTURO O'NEILL.

REVISTA EXTRANJERA

¿Qué fatídica exhalacion cruza por nuestro horizonte? ¿qué misterioso cometa llama hácia sí las miradas de los observadores políticos? ¿qué voz hace mudecer los intereses y las querellas de bandería ó de partido para meditar sobre los arduos problemas de la mejor distribucion de la riqueza, de las relaciones entre el capital y el trabajo, de la reciprocidad entre los derechos y los deberes, eternas cuestiones que se trasmiten sin resolver las generaciones, y los gobiernos, y los pueblos? No todos estamos disfrutando del festín de Baltasar; pero todos vemos frente á nosotros esa mano que traza palabras de muerte. Inglaterra con la *Land-league*, Francia con los insurrectos de Montceau-les-mines, Rusia con los *nililistas*, Prusia con los que se llaman simplemente socialistas, y hasta nosotros con los conspiradores de *La Mano negra*, todos estamos sufriendo la sensible expiacion que la Providencia reserva á los que no quieren cimentar el edificio social en la base de la religion; decimos mal, á los que intentan demoler este edificio hasta sus cimientos y no tienen ni pueden tener otro bálsamo

para las heridas sociales, otro lazo para unir las clases, otro venero de caridad, y de salud, y de trabajo que esa misma religion de que se apartan y que tratan de sustituir con no sabemos qué mentida *religion del porvenir*, que no es creencia alguna de las conocidas en los siglos pasados, ni aparece ser otra cosa que la *irreligion de la edad presente*.

Los oradores que han dirigido su elocuente palabra á lo que irreverentemente llaman *masas* y siempre se ha llamado pueblo, comprendiendo desde el más alto al más bajo, desde el sabio hasta el ignorante, han hecho sentir sus males más que nunca á los que padecian, y no han querido repetirles aquellas divinas palabras: ¡Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados, y los que padecen persecucion de la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos!

Como el Príncipe de las tinieblas se han encumbrado al pináculo del templo, y en medio del desierto del mundo han desarrollado el mapa de la ambicion, sin límites ni fronteras, henchido de imperios y de repúblicas poderosas, de palacios, de riquezas, de encantos, y han dicho al pueblo: Vuestro será cuanto veis si adorais los principios de mi ciencia, de mi religion, que son la ciencia de lo que me parece útil, la religion y el culto de los intereses materiales y de los goces terrenos. Como cierto filósofo alemán decia á sus discípulos que construiria á Dios con el barro humano, como si fuese el último de los hijos de Adán y hecho á semejanza de ellos, así nosotros ¡oh pueblo! te construiremos. Y se guardaron bien de enseñarle las herramientas que habian de servir á la nueva construccion, todas forjadas por la soberbia, puñales, teas incendiarias, indiferencia hácia cuanto enseña la fe, ciega é incondicional sumision á todos los dictados del orgullo. Y el pueblo los oyó y los creyó, y los modernos Gracos y los Espartacos del siglo presente llevaron tras de sí los pueblos, como los hebreos fueron en pos de Moisés, no para que pasasen á pié enjuto las aguas del mar, sino para hundirse caudillos y soldados, carros y caballos y caballeros en el mar de la revolucion y de la anarquía.

¿Se despedirá el siglo presente de la generacion contemporánea dejándonos contemplar este tristísimo espectáculo? ¿Pagará así la soberbia de creerse en todo superior al XVIII cuando emplea contra todo género de autoridades y derechos, armas tan parecidas á las que empuñaba la revolucion francesa? La *Internacional*, semejante al Guadiana, decíamos en una de nuestras anteriores Revistas, corre debajo de tierra; pronto saldrá como él á la luz del sol; y en efecto, ha dejado su curso subterráneo, y por todas partes aparece, hasta por la tierra donde la antigüedad colocó sus Campos Eliseos y donde la naturaleza se muestra más risueña y pródiga que en parte alguna de nuestra hermosa patria, donde no es por cierto el gran desarrollo de la industria ni el exceso de la poblacion lo que ahora produce la pobreza. La *Mano negra* forma parte de ese cuerpo inmenso que, como el del gigante dormido bajo el Etna, ocupa tantas naciones cuantas jugadas de tierra cubria Encélado. La *Mano negra* no es ni puede ser una manifestacion aislada de ese mal que siente toda Europa, con causas al parecer diferentes, con nombres á la verdad distintos en cada país; pero el mismo en realidad en todas partes, desde que la religion no vivifica la sociedad, desde que á los ricos faltan la caridad y el desinterés, y á los pobres la resignacion y la paciencia.

La propiedad no es ni puede ser como se ha dicho el robo; es la fuente de la caridad cuando se entiende y administra bien; pero en otro caso puede producir el egoismo y la indiferencia á los males del pueblo. Todos los inviernos estamos viendo desbordarse los rios, todos los estios encenderse la atmósfera, todas las primavera abrirse los capullos de las flores, todos los otoños caer las hojas de los árboles; ¡y todavía nos admiramos de que de tiempo en tiempo haya conmociones del pueblo! Lo extraño es que no las haya siempre y con tanta regularidad como la alternativa de las estaciones, porque los gobiernos, y los sabios, y los potentados de la tierra no procuran conjurar esas conmociones teniendo en su mano tantos y tan poderosos medios de conseguirlo.

Acaparar la propiedad y despues regatear la recompensa del trabajo es ser ricos y avaros, es decir, constituirse en máquinas de tiranía desde las capitales hasta los últimos pueblos. Cortar los vuelos á la caridad es dar rienda suelta á todas las malas pasiones. Y si á esto se agrega que la instruccion mal dirigida, y

la ambicion de algunos nunca satisfecha, y las predicaciones de los que ofrecen á los pueblos lo que no pueden cumplir agravan sobremanera los males de la sociedad, ¿qué extraño es que todas las revoluciones de nuestra época tomen el carácter socialista como en otro tiempo tomaban todas las guerras el pretexto de religion, y como en todo tiempo y lugar toman los hechos el tinte de las ideas á que obedecen y los liquidados el color del vaso que los contiene?

¿Quién creeria que un elocuente orador republicano pidiese poco há en nuestro Congreso nota de los bienes ya vendidos de los pueblos y de los que aún no se han enagenado, en los mismos instantes en que todos los políticos se preocupan de las conspiraciones socialistas en nuestra patria? ¡Qué prueba tan elocuente de que hemos despilfarrado la fortuna de los pueblos, aumentando ménos el número de los propietarios que el de los braceros! Y sin embargo, el bien que pudo producir la desamortizacion es incalculable, tanto como el mal, que seguramente ha resultado de no haberla hecho con arreglo á un plan ménos político y más social, que hubiera mejorado de una vez para largos siglos la suerte de nuestro pueblo.

Los que creían limitada la predicacion de los secuaces de la *Internacional* á las poblaciones obreras se han equivocado; el atraso de nuestra industria no nos ha librado de aquellas doctrinas, porque el brazo que no puede emplearse en el arado, lo mismo que el que no se emplea en el telar, se ha convertido, al alcance de la *Internacional*, en una poderosa é incontrastable máquina de guerra. Así como las antiguas cruzadas reclutaban sus milicias desde el Tajo hasta el Danubio, la *Internacional* reúne sus huestes desde el Guadalquivir hasta el Neva. Pues de la misma suerte que habia entonces un soplo de vida que levantaba á los pueblos para grandes empresas, hay ahora otro aliento maléfico, letal, que les da el ardor de la fiebre, la fuerza de la desesperacion y la fe de los que la han perdido en las verdades religiosas para ponerla en las teorías de los filósofos mentirosos y de los perversos políticos. Entonces á campo abierto, como en Clermont, en concilios de toda la cristiandad, se trazaba el plan de las batallas, y ahora se urden las conspiraciones en las sociedades secretas, que conservan todavía esa incontrastable fuerza del misterio y ese poder de las *inquisiciones* políticas, sobre las cuales caerá el anatema que ántes se habia querido lanzar á torrentes sobre la Inquisicion religiosa de las pasadas épocas. ¿Y negarán ciertas doctrinas y ciertos hombres que hay expiaciones terribles marcadas y dirigidas por la mano de la Providencia?

La filosofia del siglo XVIII hablaba al oido de los Reyes, los detestaba y los adulaba; la del nuestro adula, y obra como si los detestase, á los pueblos. Aquella minó los tronos, ésta mina la misma libertad que predica; los soberanos escuchaban las palabras de los que trataban de convertirlos en déspotas, seguro camino de perdicion; el pueblo atiende hoy á las predicaciones de los que abogan por la licencia, brevísima ruta para su completa ruina. El lazo en que cayeron Federico de Prusia, Catalina de Rusia, Leopoldo de Toscana y José de Alemania, por no hablar de otros que nos interesan de más cerca, es el mismo en que hoy, unos tras de otros, van enredándose los pueblos: aquellos filósofos escarnecian el dogma y la disciplina; los de hoy, que se dicen más prácticos, denigran la moral, y en la tarea funestísima de combatir y desarraigar del mundo las virtudes teologales, se atribuyeron aquellos la guerra contra la fe, y estos combaten contra la caridad y la esperanza, creyéndose más cerca del triunfo porque hieren los más íntimos sentimientos del corazon humano y dan en pequeñas y más activas dosis, en folletos y artículos, el veneno que encerraban, como en otros tantos pomos, los pesados volúmenes de la *Enciclopedia*.

Veamos en el siglo XVI los primeros frutos de la reforma, maldecidos por quien la plantara: ¿qué otros fueron que la guerra de los aldeanos y los delirios de Juan de Leyden y de sus partidarios? Si nos fuese dado ver los últimos, reconoceríamos en ellos la procedencia de la misma semilla. Verdad es que no ya la reforma, sino sus segundas y terceras consecuencias, engendran los presentes males; ¿pero cuándo sino entonces se predicó la doctrina, que erige en soberano á todo súbdito, que tornó prestada y efímera toda autoridad, que sustituyó con la fatalidad y el *siervo arbitrario* la libertad humana, y que, por último, entregó al

albedrío individual precisamente lo único que no cabe en él, la determinación de la verdad y los más altos intereses de esta vida, por lo mismo que son los de la venidera?

Alemania dejó largo tiempo discurrir y delirar á sus filósofos, tal vez riéndose de ellos, cuando hubiera debido repetir aquellas palabras de Catón, hablando de César: *En ese joven se encierran muchos Marios*; pero si el gran republicano acertó á ver al destructor de la república en el desaliñado mancebo patricio, Alemania no conoció en sus filósofos, al parecer completamente desinteresados y ajenos á las cosas del mundo, los padres de las revoluciones modernas de los socialistas.

* *

Nada hay en que ménos se pueda profetizar que en las cosas políticas. Por eso arrebatan nuestra admiración los verdaderos profetas, que veían los imperios en la época de su apogeo convertidos en ruinas, al rey de los pensiles de Babilonia hozando la hierba de los prados, á Tiro con naves, á Roma señora del mundo cuando aún no se habían reunido los pastores de Rómulo y Remo, y al templo de Israel finalmente por tierra, cuando lo envolvía una nube de incienso y de gloria y en él se sacrificaban todavía millares de víctimas. Sin embargo, en cuanto puede predecir algo la prudencia humana, los trabajos sobre la historia del porvenir, como ejercicios literarios, se leen siempre con gran placer, como *El mundo en el año 3000*, de Emilio Souvestre, sin otras pretensiones que las de la novela, ó el artículo de D. Nilo Fabra titulado *El desastre de Inglaterra en 1910*, publicado por la *Ilustración Española y Americana*. Dicho trabajo nos dice que probablemente entónces, destruido el imperio otomano, Francia volverá á poseer la Alsacia y la Lorena; Italia ganará á Trentó y Trípoli, y que Rusia tocará los límites de la Palestina; Servia, Rumanía, Bulgaria y Grecia formarán una gran Confederación de Oriente; Austria, poseyendo la Bosnia, la Herzegovina y la Albania penetrará muy adentro del actual imperio Turco, y los Estados-Unidos y los del Sur de América, abierto el istmo de Panamá, trabarán descomunal combate, cuyo fin no se atreve á predecir el profeta político. Holanda desaparecerá entónces para formar parte del imperio Aleman; España y Portugal, todavía independientes, formarán una confederación aduanera, el *Zollverein* ibérico; Alemania, con los despojos de Holanda, se hará potencia colonial en el extremo Oriente; Francia, señora de la Indo-China; Filipinas será un gran imperio todavía español, y las posesiones portuguesas tan ricas y poderosas como en pasados siglos. Completa el cuadro Inglaterra, por último, en plena decadencia: todas las escuadras luchando con su escuadra, todas las naciones por ella mutiladas pidiendo sus miembros perdidos, España, Alemania, Grecia y tantas otras en todos los continentes. El autor citado ve á Gibraltar sitiado por 50.000 españoles: no nos dice si sobre aquel extremo de Europa ve flotar al fin nuestra desterrada bandera. Supone á los ingleses ocupando todavía á Egipto en los albores del siglo xx.

Por último, el autor del artículo nos representa á Inglaterra conservando únicamente la India y combatiendo todavía con Irlanda, que jamás se aviene á ser inglesa. La Gran Bretaña ha sido sacrificada á la paz del mundo, y sobre las ruinas de la nueva Cartago, como si fuese otro Mario, entona el autor de la profecía un himno á Inglaterra, protectora de tantas nobles ideas, madre de tantos grandes hombres y promotora de tantas grandes ideas. No se atrevió á pronosticar tantos desastres Elie Regnault, el autor de la famosa *Historia criminal de Inglaterra*. Dios se ha reservado el porvenir; para El son mil años como un día, según la valiente expresión del Salmista; la previsión humana, aunque sea el político visor un Napoleón I, no alcanzaría á predecir que ántes de pasar un siglo el imperio de Alemania sucedería á la confederación del Rin, ni que habría un reino de Italia de veras, con corona de oro y no de hierro. Algunas de las apreciaciones del artículo, como simples probabilidades, pueden admitirse; otras no, y en este orden colocamos la pretendida confederación de Oriente, que así formada no podría ser estable, la supresión de Holanda y su agregación á Alemania, y el papel que reserva á España, que ya que se profetiza y sueña al trazarlo, debiera y aún pudiera ser más brillante.

Lo más probable de cuanto se imagina por el ingenioso escritor es la conclusión del imperio turco, y sobre todo la lucha de los americanos del Norte con los del Sur, abierto el istmo de Panamá, que en cierto modo reproducirían las escenas de romanos y cartagineses, que por primera vez se encontraron cuando los últimos pusieron su planta en Sicilia.

Recordamos que un precioso pasaje de un historiador antiguo trata esta cuestión. *¿Qué hubiera sido de Roma si Alejandro en vez de tomar la dirección de Oriente hubiese tomado la de Occidente?* En la historia todo es posible, pero no todo es probable; sin embargo, hay ciertas leyes indefectibles, y el ánimo se ensancha y se recrea cuando el ingenio del escritor rasga en cierta manera el velo de lo que, como decía el poeta, se reserva Dios: *«Caliginosa nocte premit Deus.»*

* *

El Etna está en plena erupción, según las últimas noticias, y su despertar es terrible.

Este monte de los gigantes; esta, como dice Píndaro, columna del cielo, *Κίον οὐρανοῦ*, con sus 38 leguas de base y sus 3.313 metros de altura, irradia hoy sus fuegos sobre esa hermosísima isla donde en otro tiempo se izó orgulloso el pendón español. Su primera erupción fué, según se cree, siete siglos anterior á Jesucristo; en el presente ha tenido dos horrosas: la de 1852 y la de 1865.

¡Ojalá tuviera la sociedad como la tierra esas válvulas por donde se escapasen los elementos destructores sin que se comoviesen sus fundamentos, como no se comueven los de la naturaleza! A falta de volcanes no hay en el organismo de los pueblos otras válvulas que la revolución.

El Etna despierta; ¡pobre Sicilia! ó mejor dicho: ¡pobre Catania!

La revolución social avanza; ¡pobre Europa! ó mejor dicho: ¡pobre humanidad!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

EL SIGLO Y LA FAMILIA

ARREGLO

(Conclusion)

Cuando se ha ensayado todo y se ha agotado hasta la ironía, que es uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo, no queda otra elección que el suicidio ó la vida sin dignidad.

Este es, poco más ó ménos, el cuadro de los males de nuestros días.

Veamos ahora la influencia que estos males diversos pueden tener en la familia.

El espíritu de duda la ha atacado en su sanción religiosa, social, moral, reduciéndola á una convención arbitraria ó de fantasía. Es indudable que sus sofismas, cuando han sido presentados en toda su desnudez, no han tenido muchos adeptos; pero estos sofismas toman mil formas, y cuanto más velados se presentan tienen más influencia. El mundo, sin conocerlos, los sonríe cuando vienen encubiertos con el disfraz de ligeras agudezas, y los aplaude cuando los adornan los más vivos colores de la poesía y la elocuencia. De esta manera circulan tan falsas ideas por la atmósfera, las respiramos sin saberlo, entran insensiblemente en las familias y enervan las creencias.

El tedio en la familia no es cansancio vago de todas las cosas, que al ménos en la soledad no hace daño más que al que lo padece.

Es un tedio agriado por el deseo y envenenado por el sueño de la completa libertad; es el aburrimiento de la vida íntima, de su quietud, su regularidad, su sencillez; el hastío de la servidumbre materna, del trabajo, de los placeres inocentes, las nobles ansiedades y los dolores santificantes; el tedio, en fin, del cual un día nace la pasión.

La familia, atacada primero por el sofisma y gastada por el tedio, trata de regenerarse y rejuvenecerse por la pasión. Esta se presenta bajo

formas y colores encantadores, y por una especie de sacrilegio usa en su lenguaje palabras tomadas de la más ferviente devoción.

La pasión marchita el divino pudor y parece tomar por divisa la frase desordenada de la célebre Eloisa: *Mallet esse tua meretrix quam imperatrix.*

Después de arrancar por un instante el alma á su languidez la sumerge en la desesperación del remordimiento y la decepción.

Al lado de tan doloroso cuadro, y para hacer contraste con él, hagamos ahora aparecer á la familia en toda su pureza, su grandeza y su eterna santidad.

La familia nace de un gran sentimiento; pero este sentimiento, que no es completamente puro é ideal, le purifica por medio del deber. Uniéndose los que se aman por las obligaciones del deber, prometiéndose eterna fidelidad, la familia obedece á la naturaleza misma del amor. La eternidad es la mayor propiedad del amor; por eso sus primeros actos son siempre juramentos de fidelidad sin fin, y aún cuando engaña se ve obligado á fingir este lenguaje sin el cual no obtendría nada. Es una ilusión, dirán la mayoría de las personas. Sí, es una ilusión, porque para poder prometer la eternidad del amor necesitaríamos contar con la de la juventud, de la hermosura, de la imaginación; pero esta misma ilusión prueba que el amor aspira á un ideal que no puede realizar por sí solo. Aspira á la paz, y no tiene un momento de reposo; desea la unión, y lleva en sí el germen de la discordia; promete la eternidad, y dura ménos que un soplo; trata de respetar al objeto amado, y tiende sin cesar á profanarle. El deber le da todos los bienes que él no se puede procurar por sí solo; fija su volubilidad, calma su inquietud, cambia su egoísmo en abnegación y le hace casto y respetuoso.

Se quieren hacer valer los derechos de la pasión y la imposibilidad de los votos eternos. Desde luego es cierto que el amor tiene autoridad para formar la unión conyugal; pero no puede tenerla jamás para disolverla. Al principio de la libertad del corazón es preciso oponer el de su fidelidad, en lo cual le cabe una gloria más bella y más pura que cuando se reclama para él la libertad de poder cambiar sus juramentos. Los que pretenden que es preciso obedecer al corazón como á un rey absoluto, cuyos caprichos son órdenes, conocen bien poco la historia de las pasiones; no saben que éstas suelen tener su origen en la imaginación, es decir, en una facultad engañadora que nos hace adorar lo que no existe.

Verdad es que para exigir al corazón un encadenamiento irremisible, se necesitan grandes razones. Hay dos muy poderosas: la dignidad de la mujer y el interés de los hijos.

Entre dos seres, de los cuales el uno es fuerte y el otro débil, si no existe lazo, ley, deber que proteja al uno contra el otro, es evidente que el más fuerte acabará por oprimir al débil. La destrucción de la familia, si fuera posible, sería inevitablemente la opresión de la mujer.

Se ha querido pintar la familia como la esclavitud de la mujer y la tiranía del hombre, cuando es, por el contrario, el freno del hombre; la regla impuesta á su egoísmo opresor, á su vanidad insultante, á sus apetitos groseros y la ligereza de sus caprichos. La familia es la protección de la mujer, la garantía de su pureza y el noble empleo de sus facultades.

La segunda razón que hace necesario y legítimo el matrimonio es la seguridad de los hijos.

El niño necesita los cuidados del padre y de la madre, y estos no se deben separar jamás. Si compadecemos tanto, y con razón, á las pobres criaturas que tienen la desdicha de quedar huér-

fanas, ¿no sería odioso ver anticiparse los padres á tan cruel separacion y buscar uno lejos del otro nuevos placeres? ¿Bajo qué techo vivirían entónces los hijos: bajo el de su madre ó el de su padre ficticio? ¿Puede uno imaginarse que la madre verdadera consintiese sin horrorizarse que sus hijos tuviesen madrastra, estando ella aún sobre la tierra? Digan lo que digan, y por más que genios profundos sostengan lo contrario, no se ve ninguna garantía para los hijos fuera del matrimonio, es decir, de la union legitima é *indisoluble* protegida por la sociedad y por Dios.

Todos los juramentos ponen á Dios por testigo, y más que ningun otro aquel que pide á la naturaleza tan grande sacrificio uniendo la vida entera de dos seres. Es preciso que el *Eterno* esté presente á este enlace que aspira á realizar la imágen de la *eternidad* en la vida humana.

Apoyada en el amor y el deber, exigida por la dignidad de la mujer y la seguridad de los hijos, protegida por la sociedad y por Dios, la familia es eterna.

ELENA DEL REAL.

EL MAYOR CASTIGO

SONETO

¡Te amo con tal amor, que no es posible que haya pasion igual á la que siento: amarte de tal suerte es mi tormento; tu desdén, cual mi amor, es invencible!

Como quien piensa y sueña en lo imposible, sueño y pienso en mí bien; le doy mi aliento con tan profunda fe, con tal contento, que aún hacen mi martirio más terrible.

Sé que no me has de amar, y mi creencia allá en mi pecho con mi amor la abrigo, porque es el corazon de mi existencia.

Sin esperar en tí, yo te bendigo: ¡sí de mi amor te hablara la conciencia, no hubiera para tí mayor castigo!

J. MORENO CASTELLÓ.

UN INSURRECTO MÁS Y ALGUNOS SEPARATISTAS MENOS

NOVELA QUE TAL VEZ UN DIA SEA HISTORIA

La perla de nuestras provincias ultramarinas, la hija predilecta de España, la isla de Cuba, en fin, se conmovía á impulsos de esa agitacion sorda que no es sino la candente lava escondida en las entrañas de nuestro planeta y que se mueve, ruge, y por último estalla.

Habian cambiado los tiempos y con los tiempos las circunstancias, y determinadas ideas nacidas y propagadas en Cuba, alentadas pérfidamente por los Estados-Unidos y patrocinadas por ciertos políticos en la metrópoli, habian hecho de algunos hombres, no apóstoles de la buena causa, sino utopistas delirantes; de otros, no mártires ni redentores, sino ambiciosos insaciables, aventureros descreídos, pero audaces, dispuestos á lanzarse al campo, á arrastrar en pos de sí buen número de ignorantes, fanáticos, ilusos y despechados, á proclamar la insurreccion y levantar bandera negra al grito de guerra sin cuartel é independencia sin condiciones.

Estos hombres no comprendian, mejor dicho, no querian conocer que es justo, legítimo y aún santo que el individuo combata por la familia, la familia por el pueblo, el pueblo por la nacion y la nacion por todos y por cada uno cuando se pisotea su honra, ó se ataca á su territorio, ó de una ó de otra manera se desconocen sus derechos; pero que es ilegítimo, criminal é imperdonable que el hijo combata fiero y sañudo á la madre que le dió el sér, que le amamantó á sus pechos, que cuidó su infancia, que protegió su

desarrollo, que fomentó su fortuna, y que á más del título de madre los tiene innegables á la gratitud, al cariño y al respeto. La tiranía es cómplice de las revoluciones, y la insurreccion es y puede ser justa cuando la tiranía la motiva. Un pueblo acreedor y capaz de ciertos derechos los pide y reclama una y otra vez; no se los dan, pues los toma; hace bien. ¿Pero cómo justificar el parricidio premeditado de un hijo? ¿Cómo sancionar que una provincia, declarándose independiente, niegue á la nacion, desconozca á su patria, y aún pelee contra ella y la hiera, que es el más grande, el más enorme de los parricidios?

No hay que forjarse ilusiones: Cuba sin España sería cuando más uno de tantos países pobres, maltrechos, desgarrados por luchas intestinas inacabables; una de tantas repúblicas americanas sin ley, sin altar y sin freno; un pedazo de tierra del que se avergonzarian sus hijos, hollado por viles explotadores ó por mercenarios asalariados; teatro sangriento de terrible lucha de razas; el color negro combatiendo al moreno, los dos al blanco, el blanco combatiendo á los dos, las tres razas destrozándose y tiñendo con su sangre las azules aguas de aquellos mares, poblando aquellos ricos y perfumados bosques de mutilados despojos y convirtiendo aquellas bellas ciudades en humeantes montones de escombros.

¿Y quién sabe si despues de negar, ultrajar y herir á España, su madre, Cuba no caeria sangrienta, mutilada, humillada á los piés de ese coloso que siempre tiene en ella ávidos y codiciosos clavados los ojos, de ese coloso que se llama Estados-Unidos?

II

Así pensaba un hombre cuando las ideas de separacion fermentaban como maldita levadura en Cuba y amenazaban estallar como tempestad destructora.

Este hombre, que siempre se distinguió por su amor á la hermosa isla no ménos ferviente que el que le inspiraba España, le conocian en Cuba desde la Habana hasta el más apartado rancho de la manigua, desde las aldeas más humildes hasta la última cabaña de los bosques, con el sobrenombre *El Bueno*. En todas partes le amaban y le respetaban.

Era ya muy anciano: habia visto mucho, habia presenciado los más notorios acontecimientos de la isla, desde los que originaron la protesta hasta los que causaron la gran insurreccion; pero habia meditado y aprendido más, y templada su alma al calor de las distintas ideas y en la forja de los más terribles sucesos, su inteligencia, al revés de lo que ocurre á la generalidad de los hombres, se habia vigorizado en su senectud á la par que se fortalecia su corazon y se hacia su ánimo más sereno y valeroso.

Era muy instruido é ilustrado: hubiera brillado su talento á no haber sido tan modesto, y su inteligencia hubiera asombrado á no ser por su timidez; era, en fin, uno de esos genios que si no brillan como soles que deslumbren á la humanidad, hubiera podido lanzar destellos bastantes á iluminar los pueblos.

Cabeza de hombre, corazon de niño, inteligencia de sabio, valor de leon; cuerpo pequeño y delgado como débil envoltura, como un pretexto para encarnar tantas grandezas. Tal era *El Bueno*.

III

Se acercaba el momento; los más fanáticos separatistas se agitaban terribles.

Nuestro protagonista presenciaba el movimiento con honda pena rayana en la ira. ¡Pero

eso no puede ser! se dijo, y meditó algunos dias al cabo de los que, tomando suprema resolucion, abandonó su casa en la que tantos años residiera tranquilo y feliz, recorrió ciudades, villas, aldeas, ingenios, rancherías, organizó una vasta, pero misteriosa conspiracion, habló á unos, prometió á otros, entusiasmó á todos, y por fin, organizado su plan que sólo confió á muy pocos de sus amigos, los más fieles y sensatos, en dia señalado de antemano se puso al frente de algunos cientos de hombres enarbolando la bandera de la insurreccion.

La isla toda se conmovió, y todavía más al conocer el nombre del nuevo insurrecto. Las autoridades se intimidaron ante aquel acto llevado á cabo por un hombre de tal prestigio y se aprestaron á combatirle. Entre tanto el número de los que seguian á *El Bueno* creció extraordinariamente, y pasados muy pocos dias ascendian los rebeldes á algunos miles.

Nuestro protagonista los reunió á todos en un campo que más tarde se llamó el Campo de España, y les habló de esta manera, mejor dicho, nosotros no haremos sino transcribir algunas de las más notables palabras de su notabilísima arenga:

«Vengo á morir entre vosotros, les dijo con voz fuerte y tonante; sabía que estábais decididos á proclamar la separacion de la isla, de España su madre, y no he vacilado en sacrificar mi vida. Pero ántes he de deciros, sereno el corazon y tranquila la conciencia, que lo que intentais es insensato y criminal. Oid: Cuba es España, los hijos de Cuba son españoles; española es vuestra lengua, como española es vuestra cultura, vuestra religion y la sangre del mayor número de los que me escuchais; la riqueza, los intereses todos de la isla son españoles; España ha hecho de esta hermosa tierra un país culto, considerado y respetado; España nos ha dado libertades, leyes reguladoras é iguales á las que rigen en la Península, ha emancipado á los esclavos, os ha dado la autonomia del municipio, la equidad en la administracion, una serie en fin, de mejoras dignas de alabanza. ¿Qué podeis, pues, exigir á España? Esa gran nacion que tanta sangre ha derramado por vuestro engrandecimiento es vuestra madre. ¿Sereis vosotros hijos infames, hijos parricidas, negando é hiriendo á la madre patria?

Yo os lo juro; os explotan hombres ambiciosos que halagan vuestros deseos por una mal entendida independencia: esos hombres ansian hacerse dueños de esta isla para despues tiranizarla. Ellos no tienen ideas de patria ni de gobierno, sino sed hidrópica de mando y de arbitrariedad. Si ellos pretenden que os proclaméis extranjeros respecto á España, ¿por qué vosotros no les declarais respecto á Cuba extranjeros, pues que casi todos ellos tienen pura, sin mezcla, sangre española?

Creedme: la separacion de la isla sería su ruina; sería como el chispazo que haria estallar la más horrible de las guerras, que es la de raza. Y despues de esta guerra que asolaria este suelo que parece acariciado por la mirada de Dios, tarde ya para arrepentirse, Cuba caeria destrozada y prisionera á los piés de los Estados-Unidos.

Elegid, pues: ó la paz y la prosperidad con España, ó la guerra y la ruina sin ella; ó la honra y la libertad siendo españoles, ó la esclavitud y la vergüenza con los norte-americanos. Yo siempre he estado al lado de mis queridos hermanos de la isla; adonde vosotros vayais, iré yo, y donde sea necesario morir, moriré; pero es preciso que elijamos uno de los dos caminos que os he trazado. ¿A dónde vamos? gritó con voz atronadora *El Bueno*.